

libros de ociosa versificación. Poesía no es sentarse frente a la hoja en blanco y la mente en blanco del prosista adocenado. Poesía es desgarramiento. Implica una conexión de tipo heroico con el universo. Lo femenino suele ser decorativo, superficial, voluble y caprichoso, pasajero como el amor. “Hace falta mucho tiempo para que un sentimiento, en una mujer, se transforme en pensamiento”, dejó escrito Marguerite Yourcenar.

La reseña —como es obvio— se refiere solamente al contenido del libro y no implica juicio alguno sobre las autoras y el resto de su obra, aclaración pertinente a fin de preservar cualquier susceptibilidad propia del género (el de la poesía).

No hace mucho tiempo que a las mujeres escritoras se les llamaba despectivamente literatas. Una mujer literata siempre daba la lata, hablando de Cervantes mientras bailaba, o de Américo Cama, el inventor de la cama, en su cama. Los tiempos han cambiado, pero no deberían abusar.

El concepto de poesía se tiene o no se tiene. Y no depende de la academia. Si no se tiene es imposible inducirlo. Nada se logra con simular. La apariencia siempre es falsa. Estudiar español y literatura no capacita a nadie para escribir poesía.

No se encuentra poesía en este libro. Sólo dos breves destellos, el segundo aún con imperfecciones. A la autora le faltó profundizar en la comprensión del asunto. Calcular mejor las palabras, pulir. Para ella la gata siempre fue un huésped del monte.

En la página 81, *La mirada sorprendida*, por Esther Fleisacher:

*El gato saltó por la ventana  
y horas después regresó  
sin un hueso roto  
sin rasguños  
sin un ojo morado.  
Con ganas de tomar leche.*

En la página 98, *Ágata*, por Claudia Ivonne Giraldo:

*Luego de comprender que quien  
[llegaba*

*era su muerte,  
la pequeña gata muy enferma  
tuvo la gentileza de despedirse.  
Se refregó contra mi brazo  
[lentamente,  
el gesto de la caricia.  
Y dejó que me fuera.*

Sólo en esos dos instantes asoma la poesía. Lo demás es prosa regular. Esa prosa antipoética que se pretende hacer pasar como poesía. Y no por culpa de Nicanor Parra, el gran poeta.

No se habla de estilo en la actualidad de esta nota. El concepto de estilo cambió hace mucho tiempo. Aun así, hace mella en la forma el exagerado uso de los puntos suspensivos. Indican que queda algo por decir, pero que no se dice, porque al autor no le da la gana, o le pide al lector que lo imagine. Si se tiene algo por decir, se dice. Si lo que no se dice se reemplaza con puntos suspensivos, el lector lo entiende como incapacidad expresiva. Aparte de ser un autoengaño, los puntos suspensivos en realidad carecen de significado. Como recurso literario, el más débil e inútil.

JAIME JARAMILLO  
ESCOBAR



## Imágenes en un bosque verbal

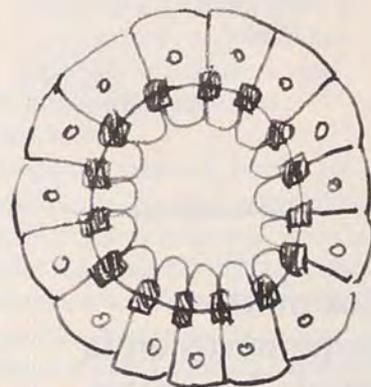
### Manglares

Tomás González  
Editorial Norma, Bogotá, 2006,  
194 págs.

*Manglares* es un libro de poemas de Tomás González (Medellín, 1950), autor a quien la crítica literaria y los medios de comunicación han al fin reconocido, después de un largo silencio en torno suyo, pese a llevar una buena cantidad de años publicando novelas y cuentos. Los títulos de las primeras son *Para antes del olvido*, *Primero estaba el mar*, *Los caballitos*

*del diablo* y *La historia de Horacio*; y *El rey de Honka-Monka* sus cuentos.

El libro de poemas es, por lo visto, una selección hecha por el autor, dado que algunos textos vienen con una numeración no siempre consecutiva y otros con títulos. Tal vez, entonces, González sea un autor de muchos poemas y ésta apenas una muestra de noventa textos: memoria de momentos del pasado, descripciones de paisajes hoscos y también serenos, personajes que le han acompañado o que han pasado por sus ojos, tierras del trópico y ciudades de Norteamérica, el campo, los amigos, el mar, la soledad, en fin, es casi un calidoscopio la poesía de Tomás González. Como quien va por el mundo de andariego y lleva presta una pequeña Kodak.



En un momento de reposo, como un Odiseo en su Ítaca de nuevo, escribe su “Contemplación de la amargura en Chía, 2004”: “Aquel día, a los 54 años de edad, me dije: / ‘La fama, que ya no logré, ya no la quiero’. / Mejor quedarse quieto aquí, pensé, / en el centro del jardín, / atento a las mirlas y los azulejos / que llegan a comerse las flores de Feijoa [...] / alejado de mí y de mi nombre. / Y que el pasado se desprenda, entonces, / como las naranjas, / y como ellas se pudra la tierra / y se destrozce” (pág. 151). Pero la fama le llegó al novelista: reportajes, invitaciones (que más bien desdeña), reseñas de sus libros, fotografías, reedición de toda su narrativa por parte de Editorial Norma, y aun de su poesía, tal vez aprovechando el cuarto de hora de la fama. Y tal vez todo comenzó

con la buena reedición de sus títulos por parte de esta editorial.

Después de la lectura de sus novelas y cuentos, por un lado, y de sus poemas por el otro, cabe pensar (me cabe pensar) que Tomás González es un magnífico narrador y un poeta desigual. En la poesía, a menudo, sigue siendo un prosista, pero los descuidos de escritura que fácilmente se le perdonan en sus novelas, porque son inferiores, en todo caso, a la fuerza de sus personajes, de sus atmósferas y de sus historias, en muchos de sus poemas ni pasan inadvertidos ni están atenuados por nada, debido a que el poema tiene que ser precisión, lenguaje sin sobras y esencialidad en el sentido.

González cuenta con la cualidad maravillosa de la intuición narrativa, del olfato que lo lleva, con su sola capacidad de ubicación y de rastreo, y una historia qué contar, por supuesto, a darnos sus novelas pletóricas de volumen narrativo y de vitalidad, donde el lenguaje no se arredra, busca salidas a como dé lugar y encuentra momentos de extraordinaria lucidez producto, sin duda, de una gran honestidad en las intenciones de hilvanar una historia que vive en sus entrañas y que quiere ser dicha sin alambicamientos y sin estilos al uso. El autor no esconde, ni enfría, la pasión que vierte en su lenguaje y en sus personajes. Por ello su obra narrativa triunfa en el lector, lo lleva en vilo hasta el final y no le da respiro. Porque su río narrativo, que a veces presenta la tosquedad de lo vital y saludable, cuenta con una dosis de poesía natural, no artificiosa, precisa en los momentos en los cuales no relumbra ni adorna, sino que significa. Y sus dosis de humor, oportuno y fluido, son un bálsamo permanente.

Pero cuando el novelista, aquí, escribe poemas, paga caro los ímpetus narrativos que nada le conceden a la cautela de un estilo depurado. La novela, larga maratón que permite la regulación de las fuerzas y de la respiración, da también la opción de recuperar tiempo perdido, de subsanar baches que han quedado en el camino, de revitalizar un

personaje que en alguna página se había desvanecido, de enmendar con páginas luminosas algunos párrafos de pobre redacción y de pobre intensidad. El poema, en cambio, es un minuto, o dos, y nada más. Y en ese tiempo el autor de *Manglares* nos presenta casi siempre mínimas historias que quieren resaltar un personaje, o describirnos alguno de los innumerables paisajes que ha frecuentado como el mar, el campo o las ciudades, donde pone su ojo acostumbrado a la feracidad, la nostalgia y la contemplación.



Aunque algunos de estos noventa poemas cumplen con la exigente tarea del texto, sin las aristas que entorpezcan la lectura, y nos dejan en la pequeña felicidad que nos produce el arte, muchos otros, en cambio, dejan la sensación del ruido que produce lo que cae abruptamente, como éste: “Encajonaban valles y montañas / o desplazaban vegas en los valles. / Como si fueran parte de una voz de Dios / particularmente tropical y abigarrada, ellos, / los locutores más feraces de la Tierra, / segundo a segundo nos traían el mundo / a nosotros, apiñados en radios por los que llegaban / las nieblas, los ciclistas, los peñascos borrados, / la ternura borrascosa, la admiración / a raudales y (con sus vestidos más recargados / o sus terciopelos más negros) / el triunfo fulgurante y el fracaso, / algunas veces confundidos, otras alternos” (pág. 85). La idea es bella y a muchos nos evoca el heroico mundo del ciclismo, vivido sobre todo a través de la radio con sus increíbles transmisiones

a todo pulmón. Pero el poema no se concentra, no decanta su voz. Es un reguero de imágenes. Y ni hablar de la línea final, peor librada.

No es posible, además de ser inútil, definir la poesía. Ello no obsta, sin embargo, reconocer a un poeta, digamos, de estirpe, una voz hecha para el poema, para el texto que, mediante una poesía de registros decantados y hondos, nos hace ver y sentir lo que la vida de ordinario no nos da. O no nos da el arte narrativo, generoso en ámbitos distintos al fino hilo de la voz poética cuyo estandarte es el silencio. En González el poema no tiene pausa, no se contiene para dejarnos los intersticios necesarios por donde entrar y empalmar en la elipsis. En su poema, de continuo, está todo, narrado como en las páginas de sus novelas. A veces no le queda más remedio que escribir la página en pura prosa.

Es fácil presumir cómo el autor habrá ido escribiendo estos poemas al mismo tiempo que los textos en prosa, como una suerte de descanso, de bálsamo que rompe los compromisos de la trama y del seguimiento de personajes que no dan tregua en su trasegar por aventuras, amores, peleas, viajes y muerte. Pero la mano, caliente, sigue narrando, se siguen oyendo las polifonías de la narración, desacostumbradas a la pausa y al silencio del poema.

Santiago Mutis termina su breve ensayo “¿Por qué escribo?” (*Falso diario*, Universidad del Valle, Colección La cierva blanca, 1993, pág. 16) con una aseveración bastante drástica, pero que da una idea de lo que ocurre en buena parte de nuestra poesía: “[...] Gran parte, en la mayoría de la poesía actual que se escribe entre nosotros, podría ponerse en prosa: así haríamos evidente la pobreza, su lánguido morir en manos de quienes han ahogado la voz de lo invisible, de la naturaleza, del misterio... y de lo trascendente”. Culpa, tal vez, de un prosaísmo que a menudo se torna insulso; del abuso de un tono conversacional que le ha robado el misterio al poema, que es como hurtarle el alma, la esencia que, como digo, es inherente a su

silencio: ámbito propicio de la imagen y de la música.

*Manglares* abunda en poemas así. El rechazo del tono lírico alambicado y absurdo, cultivado por tantos y tantos poetas de esta patria impune, lo lleva, todo parece indicar, al verso sin brida, a la música desacompañada. No es el antipoema de Nicanor Parra, ni la dentellada irónica de Juan Calzadilla. Es el poema que no encuentra ritmo, pero, a veces, tampoco sentido. En la página 29 un poema marcado como X comienza con una perplejidad para el lector: “Primero por leído se hacía cierto”, y sigue sin aclararse: “Señores de corbata, educados en Berlín, / Fráncfort y otras / lo enseñaban en español muy limpio / a alumnos deslumbrados de los trópicos [...]”. El poema no se aclara, más bien se pierde en puntadas sin orden hasta el final. En otro (pág. 33), una imagen inicial, bella: “Como un brochazo en picada, el alcazaz”, se ve arruinada por una falta pueril a la gramática y por otras imágenes imposibles de aprehender de tan complejas (“huesos de una acción veraz que se expandía / con destellos de destrucción desde su centro”). Lo que también ocurre en XIII (pág. 35), poema desconcertante, no por la acción de ningún enigma o por la ambivalencia de un lenguaje soterrado y eficaz, sino por la falta de un lenguaje así, justamente: “Cuando las olas tocaban el fondo / disminuían su carrera. / Se elevaban entonces e, inestables, / rompían hacia delante / exhibiendo su sonido y su blancura [...]”. El simplismo narrativo no funciona en el poema, más bien lo estropea cuando es una deficiente redacción puesta verso a verso.

Pero acierta el autor en este 1959 de la página 41: “Gotear de los remos caño arriba, / íbamos en silencio profundo entre los mangles, / quietas nuestras vidas en medio del bullicio / cercano de los pájaros. / La luz venía del cielo y se volvía espesa / bajando por las ramas, metiéndose en el agua, / buscando el origen de los mangles / que venían desde el lodo y tocaban / el agua con sus ramas”. Pura música, pura imagen acompañada de un silencio que

se siente y de un misterio que se palpa. Ese es el poema. Y vuelve y da con otro bello texto en la página 51, 1975, una descripción con amigos, marihuana y viaje, y un final hilarante y sorprendente. También una pequeña narración, pero esta vez defendida por la precisión y la imagen sin fórceps.

*Manglares* de Tomás González es un libro de poemas lleno de bellas imágenes estropeadas por la mano ruda de un narrador de raza, musculoso y saludable. Aquí la poesía llega por destellos, entrevista en los intersticios de una espesa vegetación verbal. Quizá no haya en todo esto mucho desperdicio literario, porque hay reciedumbre y hay vísceras, pero no hay orden, ni música, ni silencio.

LUIS GERMÁN SIERRA J.



## Vedado de tala

### Filigranas del alma

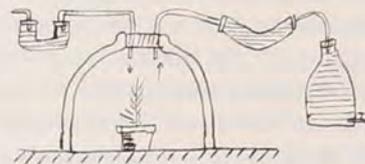
Julio Barón Ortega

Editorial Jotamar, Tunja, 2006,  
112 págs.

Sin lugar a dudas, todos los seres humanos tenemos el derecho a expresarnos como se nos venga en gana, y desde tal entendimiento tenemos el derecho a desahogarnos, bien sea para exaltar o bien para denigrar la naturaleza y cuánto de nuestra existencia ocurre en ella; es decir, todos, por igual, podemos acceder al arbitrio de escribir poemas. Eso no es pecado ni delito. Pero libros como este de Julio Barón Ortega (*Filigranas del alma*) nos hacen pensar en la necesidad de establecer límites para tal potestad. Me explico:

¿Valdrá la pena cortar árboles para malgastarlos en libros que no tienen importancia más allá del pequeño mundo familiar de su autor?, ¿tendrá sentido que libros que no dicen nada —y que tampoco constituyen piezas de valor artístico— ocupen espacio en las estanterías de las

bibliotecas?, ¿es lógico reseñar y comentar en un medio de amplia difusión, las noticias de una obra carente de novedades, cargada de inusitados modos y de ridículas maneras?, ¿será justo someter al escarnio público la obra de un ser bueno que un día, movido por emociones verdaderas, decide escribir un libro y exponerlo al criterio de lectores nada cercanos a sus íntimos afectos?



Las respuestas a estas preguntas están, obviamente, en los poemas de *Filigranas del alma*, y es muy sencillo hasta para un lector iniciado responderlas luego de su lectura. Para tal efecto, propongo a quienes no encuentren innecesaria esta reseña, examinar por cuenta propia el siguiente fragmento de poema, antes de abordar el examen que le sucede:

A MI MADRE EN SU DÍA

Hoy para celebrar tu hermoso

[día,

Hacia el Altar me acerco

[presuroso,

Y al Señor de los cielos, con

[gran gozo

Yo imploro por tu bien y tu

[alegría

Qué bello está el Sagrario

[engalanado

Con cactus rojos y azucenas

[blancas;

Los cirios fulgen con ardor

[sagrado,

Todo es plegaria por las Madres

[Santas.

Oh Dios omnipotente, yo te

[ruego:

Conserva mi existencia

[iluminada,

Por esta hermosa Flor, color de

[fuego;

Que jamás se marchite en mi

[jornada.